

**Pedro A. DE ALARCÓN, Tic... Tac... Novela breve, pero compendiosa<sup>1</sup>**

Traducido por Alfonso Corbacho Sánchez  
Universidad de Extremadura

**BREVE NOTA SOBRE EL AUTOR**

Pedro Antonio de Alarcón (1833-1891) nace en la localidad granadina de Guadix. Participó como voluntario en la campaña de Marruecos, de la que dejó un valioso testimonio en el *Diario de un testigo de la guerra de África* (1859). Entre sus mejores novelas, todas ellas muy cercanas aún al Romanticismo y a la prosa costumbrista, figuran *El final de Norma* (1855), *El escándalo* (1875), *El niño de la bola* (1880), *El capitán Veneno* (1881) y *La pródiga* (1882). Sin embargo, sus mejores producciones son las narraciones cortas sobre la vida rústica en España junto a su obra cumbre, *El sombrero de tres picos* (1874), lo que le sitúa entre los escritores más significativos del siglo XIX español.

“Tic... Tac...” (1874) es un relato cargado de humor, en el que Alarcón dibuja, con finos trazos, una imagen irónica del amor y la infidelidad. Con tres personajes muy distintos –el ultrajado don José, la adúltera Matilde y el hermoso Arturo– el autor nos conduce con gran desparpajo y humor ácido a un desenlace insólito. En conclusión, la hábil articulación de una situación crítica a través de una prosa excepcionalmente tersa, el humor basado en el dominio del lenguaje coloquial y una fina sátira de los valores sociales establecidos son los principales cimientos de este divertido relato.

**Tic ... Tac ...**  
**Novela breve, pero compendiosa**

**I**

Arturo de Miracielos (un joven muy hermoso pero que, a juzgar por su conducta, no tenía casa ni hogar) consiguió cierta noche, a fuerza de ruegos, quedarse a dormir en las habitaciones de una amiga suya, no menos hermosa que él, llamada Matilde Entrambasaguas, que hacía estas y otras caridades a espaldas de su marido, demostrando con ello que el pobre señor tenía algo de fiera...

---

<sup>1</sup> “Tic... Tac...” figura en la recopilación de relatos titulada *Cuentos amatorios* (1881). En estas páginas se sigue la edición al cuidado de Fernando Huerta, Barcelona, Caralt, 1977, pp. 209-212.

Mas he aquí que dicha noche, a eso de la una, oyéronse fuertes golpes en la única puerta que daba acceso al departamento de Matilde, acompañados de un vocejón espantoso, que gritaba:

—¡Abra usted, señora!

—¡Mi marido!... —balbuceó la pobre mujer.

—¡Don José! —tartamudeó Arturo—. ¿Pues no me dijiste que nunca venía por aquí?

—¡Ay! No es lo peor que venga... —añadió la hospitalaria beldad—, sino que es tan mal pensado, que no habrá manera de hacerle creer que estás aquí inocentemente.

—¡Pues mira, hija, sálvame! —replicó Arturo—. Lo primero es lo primero.

—¡Abre, cordera! —prosiguió gritando don José; a quien el portero había notificado que la señora daba aquella noche posada a un peregrino.

(El apellido de don José no consta en los autos; sólo se sabe que no era hermoso.)

—¡Métete ahí! —le dijo Matilde a Arturo, señalándole uno de aquellos antiguos relojes de pared, de larguísima péndola, que parecían ataúdes puestos de pie derecho.

—¡Abre, paloma! —bramaba entretanto el marido, procurando derribar la puerta.

—¡Jesús, hombre!... —gritó la mujer—. ¡Qué prisa traes! Déjame siquiera coger la bata...

A todo esto, Arturo se había metido en la caja del reloj, como Dios le dio a entender, o sea reduciéndose a la mitad de su volumen ordinario.

Ya podéis adivinar que aquel cuerpo *extraño*, con que no contó el relojero al construir su obra, impidió la función de las pesas y la oscilación de la péndola, parando, por consiguiente, la máquina.

—¡No pares el reloj, desgraciado! —exclamó Matilde—. ¡Si lo paras, me pierdes y te pierdes! Mi marido no puede conciliar el sueño más que al arrullo de ese reloj o de otro igual que tiene en su alcoba, y al advertir que el mío se halla parado tratará de darle cuerda... ¡y se encontrará contigo!

Así diciendo echó la llave a la caja de la péndola.

### Tick-Tack...

### Eine kurze, aber auch bündige Novelle

#### I

Arturo von Miracielos (ein sehr schöner, junger Mann, der allem Anschein nach kein Zuhause hatte) gelang es eines Abends nach vielem Bitten, bei einer Freundin, die auch sehr schön war, übernachten zu können. Sie hieß Matilde Entrambasaguas und versuchte, solche und andere

Barmherzigkeit hinter dem Rücken ihres Ehemannes zu üben. So zeigte sie, dass ihr armer Ehemann etwas Wildes in sich trug...

Aber ausgerechnet in dieser Nacht, ungefähr um 1 Uhr, hörte man kräftiges Klopfen an der einzigen Tür, die zur Matildes Zimmer führte, begleitet von einer schrecklichen Stimme:

„Öffnen Sie die Tür, Señora!“

„Mein Mann!...“, stammelte die arme Frau.

„Don José!“, stotterte Arturo. „Hattest du nicht gesagt, er komme hier nie vorbei?“

„Ach! Dass er vorbei gekommen ist, das ist nicht das Schlimmste“, fügte die wohlthätige Schönheit hinzu. „Aber er ist so misstrauisch, dass es unmöglich sein wird, ihn davon zu überzeugen, dass deine Anwesenheit hier ganz unschuldig ist.“

„Also dann, rette mich!“, sagte Arturo. „Immer eins nach dem anderen!“

„Mach auf, Schäfchen!“, schrie Don José weiter, dem der Pförtner mitgeteilt hatte, seine Frau gebe heute Nacht einem Pilger Unterkunft.

(Der Familienname von Don José ist nicht durch Akten nachgewiesen. Man weiß nur, dass er nicht schön war.)

„Versteck dich dort!“, sagte Matilde zu Arturo und zeigte die alte Standuhr mit sehr langem Pendel, die wie ein aufrecht stehender Sarg aussah.

„Mach auf, meine Taube!“, brüllte zwischendurch der Ehemann, der immer wieder versuchte, die Tür einzuschlagen.

„Mein Gott! Mensch!“, schrie die Frau. „Hast du es eilig! Lass mich wenigstens den Morgenmantel anziehen...“

Währenddessen hatte sich Arturo mehr schlecht als recht in die Standuhr gesetzt. Dafür musste er seinen Körper auf die Hälfte zusammenschrumpfen.

Ihr könnt euch vorstellen, dass dieser *fremde* Körper, mit dem der Uhrmacher bei seiner Arbeit nicht gerechnet hatte, das Funktionieren der Uhrgewichte und die Pendelschwingung so behinderte, dass die Uhr stehen blieb.

„Du Unglücklicher! Du hast das Uhrwerk angehalten!“, schrie Matilde auf. „Solltest du es noch einmal machen, dann sind wir beide verloren...! Mein Mann kann nur beim Klang dieser Uhr einschlafen oder beim Klang derer im eigenen Schlafgemach. Wenn er merkt, dass diese hier stehen geblieben ist, versucht er, die Uhr aufzuziehen und dann... entdeckt er dich!“ Mit diesen Worten verschloss sie die Uhrentür.

II

En el ínterin, don José había conseguido por su parte forzar la cerradura de la puerta del gabinete, y penetraba en la alcoba echando fuego por los ojos...

—¿Dónde está? —berreó de una manera indescrptible.

—¿Qué buscas, Pepe? —interrogó la mujer con asombrosa calma—. ¿Se te ha perdido algo?

—¡Se me ha perdido el honor! —repuso el marido, mirando debajo de la cama.

—¡Desventurado! ¡Y lo buscas ahí!

En aquel tiempo no había en Sevilla mesitas de noche.

Porque la escena era en Sevilla.

—¿Dónde está? —seguía preguntando don José—. ¿Dónde está tu infame cómplice?

En cuanto al reloj..., el reloj andaba perfectamente, como si nadie hubiera dentro de la caja. Quiero decir que la péndola sonaba cual si oscilase libremente en el vacío...

—Tic... tac..., tic... tac..., tic... tac... —oíase allí dentro.

No se le ocurrió, pues, a don José, ni por asomos, registrar el interior del reloj.

Y como en ningún otro paraje encontrara a persona alguna, nuestro hombre cayó de rodillas delante de su esposa, cuya indignación, elocuencia y cólera iban tomando vuelo, y le dijo:

—¡Perdona, Matilde mía! He sido engañado por ese miserable portero, que, sin duda, estaba borracho. Mañana lo despediré. Por lo que a ti hace, cree que mi amor, mi renovado amor, te demostrará cuán arrepentido estoy de haber dudado de tu inocencia.

Matilde hizo inauditos esfuerzos porque no hubiera paz; quejóse de lo ocurrido, protestó; lloró, insultó a don José, etc., etc.; pero éste le respondía a todo:

—Tienes razón..., tienes razón... ¡Soy una fiera!

Y, entretanto, volvía a cerrar la puerta que forzó, guardábase la llave, y tomaba posesión de su propio y legítimo puesto en el lecho conyugal, exclamando como un bendito:

—¡Vaya, mujer, acuéstate y no seas tonta!...

## II

Indessen gelang es Don José das Schloss aufzubrechen, und er drang mit wütenden Blicken ins Schlafgemach.

„Wo ist er?“, brüllte er auf unbeschreibliche Weise.

„Was suchst du, Pepe?“, fragte die Frau erstaunlich ruhig. „Hast du etwas verloren?“

„Ich habe meine Ehre verloren!“, erwiderte er, und bückte sich, um unter das Bett zu schauen.

„Du Unglücklicher! Und du suchst sie dort...!“.

Zu jener Zeit gab es keine Nachttische in Sevilla. Denn die Szene spielte sich ja in Sevilla ab.

„Wo ist er?“, fragte Don José nochmals. „Wo ist dein ehrloser Komplize?“

Was die Uhr betrifft..., sie funktionierte einwandfrei, als ob niemand da drinnen wäre. Ich meine, dass das Pendel sich so anhörte, als würde es frei in der Leere schwingen...

„Tick-Tack... Tick-Tack... Tick-Tack...“, hörte man von drinnen.

Deswegen kam Don José nicht im entferntesten auf die Idee, die Standuhr zu untersuchen. Und da er nirgendwo einen Mann finden konnte, sagte er kniend zu seiner Ehefrau, deren Empörung, Beredsamkeit und Zorn langsam anschwellen:

„Verzeih’, meine Matilde! Ich bin von dem erbärmlichen Pförtner betrogen worden, der zweifellos betrunken war. Morgen kündige ich ihm. Was dich betrifft, glaube mir, dass meine Liebe, meine erneuerte Liebe, dir zeigen wird, wie sehr ich es bereue, deine Unschuld in Zweifel gezogen zu haben.“

Matilde gab sich große Mühe, keinen Frieden zuzulassen. Sie beschwerte sich, protestierte, weinte, beschimpfte ihn usw. usw. Aber Don José antwortete auf alles:

„Du hast ja Recht..., du hast ja Recht... Ich bin ein Unmensch!“

Dann schloss er die Tür, die er gewaltsam aufgebrochen hatte, hob den Schlüssel auf, nahm seinen rechtmäßigen Platz im ehelichen Bett ein und sprach gutmütig:

„Nun leg dich hin und sei nicht so albern...“

### III

A la madrugada, despertó don José bruscamente, y dijo en voz baja:

—¿Duermes, Matilde?

—No; que estoy despierta.

—Dime, ¿es ilusión mía, o se ha parado el reloj?

—Tic... tac..., tic... tac..., tic... tac... —resonó al mismo tiempo dentro de la caja.

—Es ilusión tuya... —respondió la mujer—. ¿No estás oyendo?

—¡Es verdad! —repuso don José—. Pero lo que no es ilusión es que te adoro más que nunca..., y que no me canso de repetírtelo esta noche...

### III

Am frühen Morgen wachte Don José plötzlich auf und sagte leise:

„Schläfst du, Matilde?“

„Nein, ich bin wach.“

„Sag mal, bilde ich es mir nur ein oder ist die Uhr stehen geblieben?“

„Tick-Tack... Tick-Tack... Tick-Tack...“, tönte es sogleich aus dem Innern der Standuhr.

„Das ist nur Einbildung...“, antwortete die Frau. „Hörst du das nicht?“

„Das stimmt!“, erwiderte Don José. „Und dass ich dich mehr denn je vergöttere, das ist sicher keine Einbildung... Und ich werde auch nicht aufhören, es dir immer wieder zu sagen...“

### IV

Un año después había en la casa de dementes de Toledo un joven, muy hermoso, cuya locura estaba reducida a figurarse que era un reloj de pared, y a estar siempre imitando el ruido de la péndola, por medio de un chasquido en el cielo de la boca, hasta producir este sonido:

—Tic... tac..., tic... tac..., tic... tac...

Y dicen que era admirable la perfección con que lo hacía.

De donde se deduce, como moraleja, que algunas veces los célibes hermosos hacen el papel de maridos feos.

#### IV

Ein Jahr später befand sich im Irrenhaus von Toledo ein sehr schöner, junger Mann, dessen einziger Wahnsinn darin bestand, sich für eine Standuhr zu halten, und der ständig mit der Zunge am Gaumen schnalzte, um das Geräusch des Pendels nachzumachen:

„Tick-Tack..., Tick-Tack..., Tick-Tack...“

Und man sagt, es war erstaunlich wie geschickt er das tat.

Als Moral kann man daraus ableiten, dass schöne Junggesellen manchmal die Rolle hässlicher Ehemänner spielen.